

## AL HILO DE UN SUEÑO

## I. Elionor

Era recién pasado el mediodía pero parecía de noche. Negros nubarrones habían llegado arrastrados por un fuerte viento que pronto se convirtió en tormenta. Elionor se arrebujó en su pañoleta tratando de resguardarse de las heladas gotas de agua que caían con fuerza, y con la cabeza gacha se encaminó a una formación rocosa que se atisbaba a una cierta distancia. Era preciso buscar un lugar donde resguardarse a descansar y esperar a que los vientos amainaran o, si era posible, se llevaran las nubes a otros lugares en los que, seguramente serían mejor recibidas.

Hacía varios días que viajaba sola a través de bosques, cruzando riachuelos y arroyos, alejándose de cualquier lugar que pudiera estar habitado. Una pequeña columna de humo en la lejanía le hacía palidecer y desviarse de su ruta. Tenía miedo. No podía arriesgarse a ser descubierta. Había escapado de su aldea, ya no recordaba cuánto tiempo hacía, para salvarse de la hoguera. Apenas tuvo tiempo de recoger algunas ropas de abrigo y unos restos de comida antes de abandonar lo que había sido su vida durante los últimos años. Ni siquiera había tenido tiempo de avisar a sus hermanos que trabajaban las tierras del señor de la comarca y “¡mejor así!”, pensaba tratando de cerrar su corazón al dolor que la embargaba cada vez que recordaba el momento en que su vecina, la única persona que no se atemorizó con la llegada de los soldados, mensajeros de muerte en busca de brujería y hechicería, llegó con el aviso.

Elionor no era bruja ni tampoco hechicera pero su madre y antes su abuela la enseñaron la sabiduría de la tierra y de sus productos; de los vientos y de su significado; de las aguas y cómo entenderlas: claras, confusas, embarradas; de lluvia o sencillamente la que caía de los ojos de tarde en tarde según fueran los acontecimientos, de alegría o de tristeza, de soledad o de compañía. “El agua siempre nos acompaña” era su

respuesta ante cualquier pregunta de conocidos o de desconocidos que estaban de paso por la aldea, a veces buscando trabajo y las más buscando una palabra amiga o un oído atento para escuchar sus cuitas. La mayor sorpresa la encontró Elionor en el agua blanca que cubría los campos y techumbres. La costó aprender que aquella masa blanca, suave, ligera y moldeable era también agua, aunque se la conocía como nieve.

Otra enseñanza de la abuela que ella recibió a través de su madre fue el valor del fuego. Alegre y conciliador en las reuniones nocturnas del invierno que acercaba a los caminantes, que abría las puertas de la confianza para compartir un pan, calentar unas gachas o, en épocas de abundancia, sofreír unos torreznos que hacían la alegría de los más pequeños. Pero el fuego además de vida era muerte. Los incendios eran frecuentes y, normalmente, provocados por indeseables y también por poderosos que querían hacerse con las tierras.

-¡Basta ya de recuerdos! ¡No puedo más! –sollozó Elionor, a punto de derrumbarse en su búsqueda de refugio. Mojada hasta los huesos, enfrentada a los ruidos desconocidos de un bosque también desconocido y añorando su ya lejana vida, Elionor trataba de encontrar a pesar de las sombras un hueco, una cueva, un refugio donde descansar de su tristeza, de su indefensión y dar tregua a sus pies cansados.

En su deambular, cayó de bruces y casi sin conocimiento se arrastró a través del follaje y llegó a un recodo escondido y cubierto que posiblemente fuera la guarida de algún animal. Allí se dejó caer, sin fuerzas, casi sin sentido, entrando en un profundo sueño...

Transcurrieron los días, con sus amaneceres y sus crepúsculos. Elionor comenzó a perder el miedo y poco a poco, con esfuerzo, a veces con desesperación y otras con un atisbo de esperanza fue construyendo la que sería la primera vivienda de la Nava.

## II. Elinor

Elinor se despertó sobresaltada. Había estado soñando pero apenas le quedaban retazos del sueño. Sólo un cierto malestar y dolor en todos los huesos de su cuerpo, como si hubiera estado caminando horas y horas por senderos inhóspitos.

Miró a través de la ventana de su habitación. Todavía no había ni siquiera amanecido. Buscó la luna. Su visión siempre la relajaba. Su resplandor la llevaba a imaginar otros lugares, otras vidas, otro futuro. El suyo, hoy por hoy, estaba en manos de su hermano mayor, señor de campos y de aldeanos que le rendían tributo. De él dependía su vida y, en poco tiempo, su matrimonio que estaba a punto de ser concertado, como era costumbre en la Villa. Según se decía, el Rey quería proteger el trono y para ello cedía tierras y señoríos a caballeros de honra intachable y valentía indudable demostrada en sus gestas, que consolidarían sus feudos. Para ello, eran del gusto real los enlaces entre hijas, hermanas o familiares de caballeros distinguidos con valerosos de familias que luchaban por el desarrollo del lugar.

Elinor no sabía la causa de los sueños que venían despertándola hacía ya algún tiempo. No siempre veía las mismas imágenes, pero siempre –y eso le parecía extraño– veía a la misma persona: una mujer, todavía joven, de largos y enmarañados cabellos oscuros y mirada perdida. El sueño más repetido era verla quieta y erguida en lo alto de un risco con la vista fija en el horizonte, como si esperara a alguien que nunca llegaba.

El risco de sus sueños era muy parecido, y ella podría asegurar que era el mismo, al que veía desde la ventana de su habitación, de camino al castillo que dominaba el paisaje y cercano al convento que estaba todavía en construcción. Siempre reconocería la forma especial de sus piedras y podría, sin lugar a dudas andar y desandar las sendas que lo rodeaban, distinguir todas las especies de plantas y casi nombrar uno por uno los

árboles de sus laderas. Era su lugar de paseo preferido y bajo las piedras cualquier vecino curioso podría encontrar todavía mensajes que ella iba dejando cuando perseguía un deseo, cuando rogaba para proteger un animal perdido, cuando deseaba la llegada de las nieves o del agua.

Elinor se sentía una persona afortunada. Aunque era huérfana siempre había sido protegida y cuidada por sus hermanos, que le habían consentido casi todos sus caprichos. Su amor a la naturaleza la había llevado a tener un pequeño huerto donde cultivaba plantas medicinales que más tarde servirían de remedio a toses, calambres, dolores de huesos o migrañas, muy abundantes sobre todo en épocas invernales. También tenía remedios para curar pequeñas heridas de animales indefensos que encontraba durante sus paseos y casi todos los convecinos, a veces abiertamente y otras escondidos en las sombras del atardecer, la pedían opinión y solución a sus males.

Elinor no sabía de donde le venía ese conocimiento pero nunca dudaba en ofrecer ayuda cuando alguien le pedía consejo. Suponía que era heredado, que su madre, o la madre de su madre le habrían transmitido ese amor a la naturaleza y a saber encontrar en ella lo necesario en cada caso, pero sus hermanos nunca habían querido hablar del tema con ella.

Regresó a la cama y se tumbó cerrando los ojos para recuperar el dormir. Poco a poco cayó en un profundo sueño...

Al poco, sus esponsales se celebraron con un noble a quien el Rey había concedido una heredad en una población cercana y Elinor comenzó una nueva vida.

### III. Leonora

Hacía tiempo que el convento había sido terminado y eran los dominicos quienes habían sido elegidos como responsables de su cuidado. Por deseo propio allí serían enterrados los marqueses y quizás algunos otros miembros de la nobleza.

Mientras tanto, en un ala del convento vivían y se educaban un grupo de muchachas huérfanas que, una vez pasada la niñez eran colocadas como servidumbre en mansiones de la aristocracia de la zona.

Leonora está a punto de abandonar el convento. Toda su vida la ha pasado entre sus paredes, desde que fue recogida por un ama siendo todavía un bebé. Desconoce quienes fueron sus padres ni porqué la dejaron abandonada pero ella es una niña feliz. Nunca ha tenido problemas para hacerse entender, para defender sus ideas ni para proteger de injusticias a las pocas niñas con las que convive. Siempre despierta y colaboradora, lo que más le gusta es aprender. La han preparado para hilar, tintar y tejer, para limpiar y cocinar, para ayudar en partos y aliviar enfermedades y está presta para comenzar una nueva etapa en su vida, fuera ya de las paredes del convento. Pero Leonora ama sobre todo la naturaleza: las plantas, los animales, las nubes, la lluvia y algo para ella muy especial que casi nadie entiende porque viene con los fríos del invierno y causa muchos daños, enferma a los más débiles, diezma los rebaños y arruina las cosechas. Leonora ama la nieve.

Sueña con espacios abiertos, con arroyos de aguas claras y con colinas, con campos de cultivo y con grandes pastos llenos de ovejas. Pero, sobre todo, Leonora sueña con el castillo cercano al risco y próximo al convento donde se crió desde el que cree oír música, cantos, pasos leves y revolotear de hábitos. En sus sueños aparece con insistencia una mujer todavía joven, de largos y enmarañados cabellos oscuros y mirada

perdida. El sueño más frecuente es verla quieta y erguida en lo alto del risco con la vista fija en el horizonte, como si esperara a alguien.

En otro sueño que se le repite ve a una joven saludando a un hombre que por sus rasgos parece su hermano mientras cuida un pequeño huerto lleno de plantas medicinales.

Gracias a sus cualidades Leonora será enviada a trabajar como doncella al castillo de los marqueses.

Han pasado los años. Leonora ya no vive en el castillo y recuerda con añoranza sus primeras andanzas como ayudante en la cocina, las procesiones y romerías, sus primeras miradas a los jóvenes trabajadores, los primeros galanteos... Más tarde pasó a formar parte del grupo de hilanderas del castillo que, aprovechando la abundancia de lana procedente de los grandes rebaños de ovejas, no sólo tejían y confeccionaban los trajes de sus dueños sino que también preparaban las ropas de la mayor parte de la población. Mientras trabajaban hablaban sin parar de las novedades del castillo, de las últimas celebraciones, de los enlaces y de los nacimientos y sobre todo de los jóvenes que encontraban los días de mercado o de los que, en ocasiones señaladas, acudían a las ferias de ganado y a los torneos. En uno de ellos Leonora encontró el amor en un apuesto comerciante de pieles que viajaba por toda la región. Celebraron los esponsales y, a partir de entonces, se dedicó en cuerpo y alma a crear la familia que ella nunca tuvo. Enviudó. Sus hijos se casaron y partieron. Tiene nietos de los que, de una u otra forma siempre la llegan noticias pero Leonora no se siente sola, la acompañan sus recuerdos y sus sueños, que nunca la han abandonado.

#### IV. Leonor

Leonor vive en la cumbre del éxito. El camino no le fue fácil pero gracias a su esfuerzo y su tesón ha logrado llegar a lo más alto. Proviene de una familia humilde que hizo todo lo posible para darle una educación que le labrara un futuro y que le permitiera desenvolverse en la vida. No obstante, confiaban en que se casaría y les daría unos cuantos nietos con los que disfrutar según se acercara su vejez.

Pero Leonor, desde siempre tuvo otros planes. Por supuesto agradeció el esfuerzo de sus padres que invirtieron todos sus ahorros en sus estudios y, en cuanto cumplió los dieciocho Leonor abrió sus alas. Primero cursos de idiomas en el extranjero, más tarde intercambios culturales para después trasladarse a vivir a una capital europea donde materializar sus sueños. Quería estudiar fotografía y dedicarse a ella en cuerpo y alma.

Los suyos sabían que tenía alma de artista. No podía esconder su sensibilidad para descubrir y detectar la belleza del paisaje, del olor de la naturaleza tras la lluvia, del sonido del silencio, del continuo ir y venir de las olas, de los colores del amanecer y del crepúsculo, de los cielos estrellados y de las distintas fases de la luna...

Leonor comenzó a pintar a edad temprana. Ello fue debido a sus sueños. Su mundo onírico era abundante y tenía gran riqueza de imágenes que ella plasmaba sin esfuerzo aparente en decenas de lienzos. Con ellos decoraba su casa y las de vecinos y amigos, y regalaba con generosidad a cualquiera que mostrara un mínimo de aprecio.

Había un dibujo que se repetía tanto como el sueño que lo provocaba. Un fondo de montañas, un cielo oscurecido por nubes de tormenta, un convento, un castillo y un risco sobre el que se insinuaba la figura erguida de una mujer, todavía joven, de largos y enmarañados cabellos oscuros y mirada perdida en el horizonte. Pintó docenas de

cuadros con este motivo, cambiando los tonos, recreando el paisaje, destacando uno u otro detalle y más tarde, cuando su afición a la fotografía despertó, se dedicó a fotografiar los cuadros y jugar con el revelado. Fue su primer paso al éxito. La primera exposición, las primeras críticas, los primeros encargos....

Leonor ha viajado por todo el mundo, ha presentado exposiciones de su obra en las Galerías de Arte más prestigiosas, se ha codeado con artistas de fama reconocida y vive a caballo entre Nueva York y Berlín. Los frecuentes pero breves viajes a la casa familiar terminaron a la muerte de sus padres, hace ya algunos años.

Poco tiempo después Leonor recibió una notificación notarial comunicándola que, de acuerdo con el testamento de una pariente lejana, había heredado una propiedad en Las Navas del Marqués. Leonor, que no recordaba ni a la pariente ni haber estado nunca en Las Navas, dio instrucciones a su oficina para que hicieran los trámites necesarios para aceptar la herencia, prometiéndose a sí misma que, en cuanto tuviera unos días libres iría a conocer el lugar e investigar la rama genealógica por la que había llegado el regalo.

Ya habían pasado varios años y era un tema casi olvidado cuando recibió una oferta inesperada: ceder temporalmente la casa a un joven, amigo de otros amigos, a cambio de su restauración y posible venta, si es que ello la interesaba.

No lo pensó demasiado. La propuesta le pareció tentadora. Resolvería el futuro de la propiedad sin esfuerzo y además ayudando a alguien, que según las noticias que le habían llegado, la necesitaba con urgencia. Leonor aceptó el trato.

V, Leo

Leo llegó a Las Navas siendo una sombra de sí mismo. Su corazón estaba roto y su espíritu sumido en la tristeza. Nada le interesaba y, con el paso de los días, se iba apagando poco a poco.

Sus amigos estaban tan preocupados por su situación que, entre unos y otros le convencieron para que dejara atrás el entorno de dolor en el que malamente sobrevivía, y pasara una temporada en la sierra porque es de todos sabido que el aire puro alivia las penas y el agua clara limpia los daños del alma.

Ellos fueron quienes le hablaron de Leonor. Tenía una casa cerca de la capital, en un pueblo tranquilo y amable de cálidos veranos e intensos inviernos en los que el frío, los vientos y la nieve dominaban el paisaje. Ella no utilizaba la casa, que estaba vacía desde hacía algún tiempo y no entraba en sus planes conservarla. Su estilo de vida seguía derroteros muy distintos y la casa le suponía una carga.

Leonor estuvo dispuesta a prestársela a Leo a cambio de que se encargara de vaciarla y prepararla para su venta. Era un acuerdo perfecto: restaurar algunos muebles, organizar libros y papeles allí guardados, retocar la pintura donde fuera necesario, desbrozar de malas hierbas el pequeño jardín, abonar la tierra y, llegado el caso, repoblarlo para dar vida a lo que ahora estaba abandonado.

Empujado por sus amigos, Leo aceptó aunque no muy convencido sin caer en la cuenta de que el trabajo manual podría servirle de terapia y el contacto con la naturaleza le ayudaría a reconciliarse con la realidad.

Leo llegó en tren un atardecer del verano tardío con una pequeña mochila como único equipaje. No había planificado sus primeros pasos pero se le ocurrió que todavía no podía ir a la casa. Era demasiado precipitado y no se encontraba preparado para ello.

Se fijó en un cartel que indicaba *Barrio de la Estación* y decidió dar un pequeño paseo de reconocimiento para ir haciéndose con el terreno. Le gustó lo que vio y lo que imaginó habría sido el lugar en el pasado: pinares, paseos, pistas forestales y entre la vegetación, asomando curiosas, pequeñas casas de piedra resistentes al paso del tiempo.

Leo comió sin prisas, sentado al pie de un manantial, un bocadillo que compró en una taberna del camino y bebió de la fresca agua de la fuente. Consiguió alojamiento en una casa con jardín en la que había un cartel de “se alquilan habitaciones” y tras cruzar unas pocas palabras con la señora que le recibió, se tumbó en la cama y cayó en un profundo sueño sin sueños.

Pocos días después, tras haber recorrido el pueblo de norte a sur, de haberse perdido en ensoñaciones a la sombra de los muros del castillo; de haber admirado el convento y percibido la fuerza que emanaba de sus piedras, de sus arcos y de sus columnas; de pasear sin descanso por los senderos del robledal calmando su sed con el agua sanadora de sus fuentes de nombres seductores: del saúco, de la tortuga, del abeto rojo...; de descubrir sin indicación alguna restos de piedra, posiblemente de antiguos poblados, en una ladera cercana, en el camino a Peguerinos, de dejarse llevar por el ulular del viento que noche a noche soplaba sin descanso, Leo se sintió con fuerzas para instalarse en la casa de destino. Debía cumplir con su parte del trato. Se sintió extrañamente tranquilo al empujar la verja de entrada que daba paso a un pequeño jardín lleno de hojarasca y plantas secas. Los pocos árboles que sobrevivían al paso del tiempo estaban mustios y apagados. Al fondo, una casa de piedra, de dos plantas, con verdes y desgastadas contraventanas cerradas a cal y canto. La cerradura de la puerta chirrió al abrirla.

Llegó el otoño, pasó el frío invierno y las estaciones siguieron su curso dándose paso unas a otras y sumando años a la historia. Leo recobró la salud del cuerpo y la del alma y no sólo eso, también se reencontró con su antiguo espíritu entusiasta, curioso, luchador, paciente, armónico... y sobre todo vital.

El cambio comenzó una noche que decidió encender un buen fuego en la chimenea de la biblioteca y empezó a revisar libros y legajos para dar un poco de orden al desorden existente. En un rincón, semiescondida tras unos viejos volúmenes polvorientos encontró una carpeta de piel deteriorada por el paso del tiempo. La abrió y a pesar de su cuidado varias hojas de papel ya amarillento cayeron al suelo. Las recogió y mientras las ordenaba una de ellas captó su atención. "*Historia de una vida y de otras vidas pasadas*". Pasó una rápida mirada indiferente y, casi sin darse cuenta estaba completamente absorto leyendo las historias de Elionor, Elinor, Leonora....

A partir de ese momento algo se removió en su interior. Todo era nuevo pero percibía cierta resonancia interna, como si fuera algo que ya había vivido o que en alguna ocasión le habían contado. Se sentía cercano a esas mujeres, de las que nada sabía pero tenía una fuerte sensación de conocerlas.

Su dormir se llenó de sueños y sus imágenes llegaron en avalancha imparable y comenzando siempre con la visión de una mujer todavía joven, de largos y enmarañados cabellos oscuros y mirada perdida. Estaba quieta y erguida en lo alto de un risco con la vista fija en el horizonte.

Hay quien ha defendido la tesis de que en determinadas condiciones puede suceder que recuerdos de un pasado remoto sobrevivan al tiempo y aparezcan de nuevo en el presente.

Leo vive en las Navas hace más de diez años y no tiene intención de abandonarlo. Leonor le vendió la casa. Ahora tiene un huerto y comercia con los

productos de la tierra. También cuida con esmero su rincón de plantas medicinales y tiñe y pinta tejidos que luego convierte en obras que son muy solicitadas en los alrededores. No ha perdido la afición por los paseos y ha hecho de la *Ciudad Ducal* su destino preferido. En sus ratos libres escribe sus sueños y sus experiencias porque nunca se sabe si llegarán a alguien como él, que los necesite.

Al fin Leo sabe que ha encontrado su lugar en el mundo.

Viola Castor

Las Navas del Marqués, Julio 2011